

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Hijos del Mediodía

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Eva Díaz Pérez

Hijos del Mediodía

el paseo, 2026

© Eva Díaz Pérez, 2026

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2026

www.elpaseoeditorial.com

Colección NARRATIVA | serie {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: octubre de 2026

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Maquetación y cubiertas: Jesús Alés

Corrección: Alejandro Gago

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-90-8

DEPÓSITO LEGAL: SE-4252-2026

CÓDIGO THEMA: FV

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

Prólogo a la nueva edición	9
PRIMERA PARTE.	
LA CIUDAD BURLADA	15
La cena jocosa	17
Galería de raros	51
La isla de Tarfia	53
La casa de las Sirenas	71
El espectro del torero	93
Galería de raros	124
El obrero artista	126
Los niños del 27	155
Galería de raros	189
Los amores prohibidos	191
El atentado	223
Jazz y cinematógrafo	259
Galería de raros	284
Martes de Carnaval	286
Año 5929 de la logia	307
El duque sicalíptico	327
SEGUNDA PARTE.	
LOS MAPAS LITERARIOS	343
Cuadernos de Arturo	345
Misterio en San Bartolomé	352
Un número de cuplé	363
Los juegos de agua	372

Galería de raros	383
La cárcel del Pópulo	386
Noche de ánimas	409
Galería de raros	423
Muerte en el cabaret	426
La torre de los poetas	432
TERCERA PARTE.	
INFERNALIANA	443
El Manigua	445
La hora de la pólvora	449
El poeta apócrifo	457
Galería de raros	461
Historias de la resistencia	473
El libro de los muertos	495
Epílogo	505
ANEXO. PASEO por la ciudad del Mediodía	I

Prólogo a la nueva edición

ESTA NOVELA es un homenaje a un «momento estelar» de la historia de la ciudad. Un tiempo luminoso y brevísimo en el que Sevilla se convirtió en una ciudad de los prodigios. Una ciudad que una vez existió y que desapareció con los vientos de la guerra y, más tarde, con los silencios y ocultaciones. Como si nunca hubiera existido...

Hijos del Mediodía recrea la Sevilla del primer tercio del siglo xx justo cuando se cumple un siglo de aquella época. Y alumbra a través de la literatura un lugar dotado para el desconcierto de la belleza. Mi intención era escribir la novela de una ciudad que siempre se ha intentado atrapar en el cliché y en el tópico, aunque su verdadera naturaleza sea huidiza, compleja y contradictoria. Una ciudad tan fabulosa como terrible.

La Sevilla que aparece aquí es la que estrena la modernidad, aunque en realidad siguiera instalada en el pasado. Una ciudad en la que surge ese milagro moderno y exquisito que fue la revista *Mediodía*, la publicación que se convirtió en la versión sevillana del 27. Por la novela caminan los protagonistas de una crónica fabulosa que aún hoy no se conoce como debería. Una historia sucedida en los años veinte y treinta del siglo xx y que en este libro se reconstruye a través de un juego de ficciones literarias, pero también de un ejercicio documental de textos memoriales y epistolarios. Las páginas de este libro se nutren sobre todo de las obras de aquellos poetas de la «Generación Mediodía» que desgraciadamente hoy están descatalogadas y solo aparecen con suerte y por azar en algunas librerías de viejo.

La novela se rescata veinte años después de su primera edición, coincidiendo con el centenario de los hechos que se cuentan, por lo que la lectura se hace más oportuna. En 2026 se ha cumplido un siglo del nacimiento de aquella mítica revista, pero también nos acercamos a la conmemoración de la generación del 27 y la celebración de la Exposición Iberoamericana de 1929 que cambió la fisonomía de la

ciudad. Tres episodios de nuestra historia reciente que aparecen novelados en este libro.

Hijos del Mediodía se escribió en clave de novela, pero también es un libro de base histórica. Siempre confieso a mis lectores la naturaleza de verdad y de ficción sobre la que se sostiene cada proyecto narrativo. Y en el caso de esta novela el pacto de confianza que presenté a los lectores es este: lean el libro como una novela, pero la atmósfera que les quedará en la memoria es el recuerdo de una realidad histórica, como si realmente hubieran vivido en aquel tiempo.

Buena parte de lo narrado está construido sobre la ficción, pero hunde sus cimientos en la realidad. Es un sueño literario con raíces documentales. En todo caso, la historia que se cuenta es una ficción verosímil, un delicioso fresco en el que se mezclan personajes históricos con otros puramente literarios. La escenografía es también verdadera porque el mapa de Sevilla sigue casi intacto, aunque ya no sea más que un decorado de cartón-piedra para turistas. Podemos caminar por los lugares que aparecen en la novela, aunque ya sean otra cosa. Por eso, es un perturbador viaje en el tiempo a una ciudad que no es la misma, aunque la esencia siga latiendo en la penumbra.

La Sevilla que recorrerá el lector es esa ciudad que será proclamada «capital poética de España» por Juan Ramón Jiménez y que acogerá a los jóvenes escritores de la generación del 27. Asistimos a aquellos días de diciembre de 1927 en los que el grupo poético –la «brillante pléyade»– se reúne en Sevilla para conmemorar el tercer centenario de la muerte de don Luis de Góngora. La novela se adentra en la Sevilla bruja que vivieron los que posaron para aquella fotografía que haría historia: Rafael Alberti, Federico García Lorca, Juan Chabás, Mauricio Bacarisse, José María Romero Martínez, Manuel Blasco Garzón, Jorge Guillén, José Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Y como anfitriones de aquella gran fiesta del 27, Ignacio Sánchez Mejías y el «equipo de oro» de la revista *Mediodía*, además de dos figuras especiales: Luis Cernuda y Fernando Vilallón.

Pero lo que se cuenta en este libro no es lo que suele aparecer en los ensayos y manuales de historia literaria sino la intrahistoria de aquellos días. Un encuentro que aquellos jóvenes y aún desconocidos poetas recordarían toda su vida. Así lo escribió Jorge Guillén en su famoso poema «Unos amigos» subrayando ese «azar que resultó

destino» en una Sevilla convertida en la ciudad feliz de su juventud. Ese mundo anterior a la pesadilla devastadora de la Guerra Civil.

La novela también es una propuesta para pasear por la Sevilla que se preparaba para la Exposición Iberoamericana y que, tras varios retrasos, se inauguró en 1929. La que se muestra –y que el lector reconocerá– es esa ciudad que por fin entra en la modernización del siglo xx gracias a las obras de infraestructuras y los planes urbanísticos de reforma. Aunque *Hijos del Mediodía* no es una novela «amable» con el relato oficial de la Exposición del 29 sino que muestra la cara B de aquel gran fasto que condenó a la ciudad a la ruina durante décadas. Porque para componer un verdadero retrato de época hay que contar las luces y también las sombras.

Esta novela vive una segunda vida coincidiendo con el centenario de lo sucedido en estas páginas. Y sigue siendo un emocionado homenaje a aquella brillante generación de escritores que hicieron posible el sueño de la cultura. Aquellos autores que pasaron silenciosa y discretamente por la ciudad y cuya obra importó solo a unos pocos. Esta novela recuerda y reivindica su fabulosa revolución a través del ejercicio de justicia poética que nos permite la literatura. Porque no merecen el olvido los poetas que habitaron la ciudad del Mediodía y que Romero Murube recordó cuando aquel mundo ya había desaparecido: «Las corazonadas de Collantes, los humorismos de Porlán, los duendes de Villalón, telarañas celestes de Juan Sierra...».

Ahora que Sevilla también corre el peligro de desaparecer por la turistificación, pasear esta ciudad histórica es un ejercicio de rescate y casi de activismo. Una auténtica batalla por la memoria. Porque acaso aquella Sevilla ya solo exista en las páginas que escribieron los jóvenes autores de esa perdida ciudad del Mediodía.

EVA DÍAZ PÉREZ
Sevilla, julio de 2026

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Hubo un tiempo en el que yo fui feliz en una ciudad
que ya no existe. La arrasó el viento de la Historia
y nada queda de su memoria.*

*Hubo un mago que vio en un espejo el rostro
de los poetas del futuro, aunque él ya estaba muerto.*

*Hubo un tiempo de espiritistas, cartománticos y marinos que
elaboraron un mapa literario para salvar una ciudad condenada.*

*Yo viví aquel tiempo en aquella ciudad desaparecida jugando
con los fantasmas de sus poetas. Sin saber que yo sería un día
otro espectro, un aparecido desde el otro lado del mundo.*

*A veces hablo con los fantasmas de la Ciudad del Mediodía.
Y conmigo mismo, porque seguro que aún vago perdido
por aquel lugar, sin poder despertar del sueño...*

... donde yo fui feliz.

Del libro *La Ciudad del Mediodía*
de ARTURO GÁNDARA
Editorial Losada, Buenos Aires, 1957.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE.
LA CIUDAD BURLADA

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La cena jocosa

¿CÓMO SERÍA el 27 de marzo de 1926?

¿Se estremeció la ciudad con tormentas de ceniza? ¿Habría nieblas al alba? ¿Fue una tarde de sol? No estaría mal eso último, porque así sería un día vulgar, como otro cualquiera, perdido en las páginas de los periódicos y la Historia, en la memoria de los que no existen; un día que ya solo está habitado por los sueños de los muertos. El cielo se tendería blanquecino, algo plumizo para crear incertidumbre en los que no saben si salir a la calle con paraguas, gabán o un delicado paño de vellorí. Desde luego, atravesaría el cielo una bandada de vencejos de lúbricos vuelos y nalgas obscenas. Disculpen las metáforas atrabiliarias y delirantes, pero aún estamos en la época febril de las vanguardias. Apenas habría una luz tibia que, sobre las seis de la tarde, se volverá violácea, como las ojeras de una mujer fatal, un cielo mórbido, de crepúsculo que anuncia una noche de cosas siniestras.

Estamos en la tarde del 27 de marzo de 1926. Luce el sol, pero pronto comenzará a llover. Cuando en Sevilla huele a salitre y espumas es porque el Guadalquivir huye por los aires. Por eso, a veces, llueven sábalos que los niños recogen y venden a las freidurías que los sazonan con adobo para quitarles el cenagoso sabor del lodo.

Aparece tras una esquina un tipo al que ha cogido desprevenido la lluvia. Corre a refugiarse bajo un portalón, se levanta el cuello del gabán para que no le traicione el viento de vapores salados. Sacude la mascota de filo plisado, sombrero viejo que aún no ha cambiado por el canotier ligero y fresco. No se fía de las venganzas heladas de marzo. Es Arturo Gándara: alto, delgado, estrecho de pecho, rostro lívido, con piel de página por escribir. Lleva gafas redondas de concha. Si ahora se las quitara, apenas vería nada. Es un miope que se dejó las pupilas olvidadas en los libros.

Ahora se cruza el gabán para refugiarse del viento y contempla a la gente corriendo divertida bajo la lluvia caliente. Hasta una madre

deja que su hijo tísico –ojos garzos en los que se lee la muerte lenta, quizás el próximo otoño– juegue en los charcos y se moje con el agua tibia. De pronto, Arturo recuerda lo que tiene en el bolsillo: cuidadosamente doblado, inquietantemente impoluto, misteriosamente escrito. Es una nota en papel malva cuya esquina se reblandece al caer una gota de agua. La tinta comienza a correrse, pero la seca a tiempo con la manga del gabán. El sobre llegó esa misma mañana –ya saben, 27 de marzo de 1926– a la redacción del periódico *El Liberal* y a Lagui-llo, su jefe, le intrigó que Arturo se ausentara tras recibir el extraño mensaje, porque piensa que todos son conspiraciones y tramas políticas. Cree que este *reporter* –un tipo más de estos hombres de aluvión que se llaman periodistas– confabula con el poder, con el tiranito nuevo, con el cacique recién estrenado y plantado en pleno centro de Sevilla por el mismísimo dictador Primo de Rivera: José Cruz Conde, el terror de los burdeles...

Arturo no soporta las miradas de soslayo de Lagui-llo, con sus ojillos de ratón astuto, y por eso tuvo que encerrarse en el cuarto de los linotipistas para leer el nuevo mensaje, porque no es el primer envío que recibe:

Fui sevillano de los que se esfuerzan en la fama de las letras que los siglos llaman olvido. No perdonaron mi sangre de converso y el horror de mi abuelo quemado por la Inquisición. Buscad el libro perdido por las atalayas de las meretrices, los hampones y tahúres, en el vientre de la ciudad esquiva.

Yo, Mateo Alemán.

¿Extraño juego, eh? Arturo Gándara ya había recibido otros mensajes de Gutierre de Cetina y Baltasar del Alcázar, también ilustres escritores del siglo XVI. Al principio, pensó que había sido una broma retorcida e ingeniosa de alguno de sus amigos poetas. Querrían burlarse de su condición de letraherido, de personaje liricoide obsesionado por la memoria de las letras, por rescatar para las efímeras páginas de los periódicos –«Galería de Raros», todos los sábados por nuestro *reporter*, Arturo Gándara en *El Liberal*, diez céntimos– la vida de poetas que ahogaron su vida por culpa de los traicioneros ríos de tinta y que ahora yacían en el fondo de un cauce con polvo de quijotes.

¿Sería Fernando Villalón con sus bromas ocultistas quien había ideado el juego? ¿Y si se trataba de don Miguel, el librero, también herido de literatura como él? ¿O quizás era asunto de Rafael Porlán, ejerciendo de jefe del delirante surrealismo sevillano? Murube no podía ser. Demasiado serio. No había más que ver sus ojeras enlutas de tinta.

Con los anteriores envíos, Gándara había terminado recorriendo el interior de casas desconocidas y sonámbulas, que en tiempos habían habitado aquellos escritores desaparecidos. Y, de nuevo, alguien le mandaba otro sobre malva que firmaba ¡Mateo Alemán! ¿Qué broma endemoniada había despertado al célebre autor del *Guzmán de Alfarache* para escapar de su sudario manchado de babas verdes y gusanos antiguos? ¿A qué viene esta aparición de sueño de bibliófilo ante un poeta absurdo que sobrevive como gacetillero en un periódico local?

Arturo comprueba que ha cesado la lluvia y que ahora sale un humillo del empedrado callejero como si el Guadalquivir boqueara un aliento caliente de vino de aloque. El *reporter* vuelve a mirar la dirección indicada bajo la firma de Mateo Alemán: «Zona del Arenal. Calle Castelar, actual número 5, antigua de la Laguna, donde el desaparecido Compás de la Mancebía». Se encamina al Arenal, lleno de recuerdos de la Sevilla de ultramar, donde antaño llegaban los navíos de las Indias con los cargamentos de plata y las barbas de la *broma navalis* que arrastraban tantas historias de océanos. Ahora pasa muy cerca de la antigua Sala del Azogue de las Atarazanas, que medía las toneladas del rico metal de la locura, la lujuria y la avaricia. Por fin llega a la calle indicada en el misterioso sobre: «Calle Castelar, actual número 5». No sabe Arturo si allí había vivido el desdichado Mateo Alemán, pero sí es seguro que para recrear la historia de su pícaro Guzmán habría acudido a observar las costumbres licenciosas del lugar, del famoso compás de la Mancebía, el reino de las manflotas y rameras de la Sevilla del XVI. Pues buena plata se había agotado en aquellas embestidas de amor mercenario.

Ahora, el barrio tenía otro sabor, como a campo y muerte, por la cercanía de la plaza de toros de la Maestranza. Por eso, al atardecer se tumbaba la luz con un color de albero rojizo y el aire se tornaba agrio, como del olor ferruginoso de la sangre atroz y salvaje que se derramaba en las tardes de alamares y capotes de paseo.

«Calle Castelar, actual número 5». Es una casa de tres plantas con la fachada de cal blanca y cierros del XIX que guarda tras los visillos la intimidad oscura de las estancias sevillanas. La puerta está entreabierta y se adivina un zaguán recién aljofifado, con olor a jabón lagarto. A Arturo le recuerda sus juegos de niño, con carreras y batacazos por los suelos que se limpiaban a la hora de la siesta para que por las tardes estuvieran frescos.

Sube las escaleras sigilosamente porque no sabría qué responder si alguien le preguntara adónde se dirige. «Verá, es que busco el recado que me envía el fantasma de un escritor del XVI. Aquí mismo, tenga la carta, vea, vea...» De todas formas, ya tiene cierta experiencia en estas indagaciones y sube a la azotea, el lugar donde en otras ocasiones había encontrado lo que anunciaban los misteriosos recados. Allí, en los lavaderos, entre calzones que cuelgan su intimidad ridícula en tendederos anónimos, Arturo Gándara busca la perdida memoria literaria de la ciudad. El hallazgo más complicado fue el de Gutierre de Cetina, oculto tras el depósito del agua donde los gatos desahogaban sus banquetes de pescado rancio y leche podrida. Sin embargo, este último, el del desdichado Mateo Alemán, no ha sido difícil. Está escondido detrás de unas macetas de albahaca, envuelto en un delicado papel malva –como el sobre– quizás como si viniera enviado desde las horas violetas de crepúsculos antiguos que anunciaran cosas siniestras.

Arturo desenvuelve el papel delicado, como de caña –satinado por dentro, verjurado por fuera– y arquea las cejas, se le hiela la sangre, porque el hallazgo tiene algo de brujería. Se trata de la *Historia de Sevilla* de Mateo Alemán, obra de la que no se tenía noticia desde hacía siglos. El juego parece haber llegado demasiado lejos. ¡Es una joya de bibliófilo! ¿Quién podría tener interés en esconder un tesoro así entre piletas y ropa sucia?

Mientras piensa en lo absurdo de la situación, se asoma a la baranda de la azotea y huele el ejemplar, las hojas apolilladas, casi deshechas, desprendiendo ese polvo insano que tanto azora a los despreocupados enfermos de biblioteca que desconocen por qué mueren tan jóvenes de infección en los pulmones. ¡Ay, dichosa juventud de la lírica! Tampoco se da cuenta de que cae la tarde, esa que se anunciaba de color violáceo como las ojeras mórbidas de una mujer fatal. La luz de tarde enferma se tiende en las azoteas, después en los cierros que se vuelven

oscuros para luego reposar en el suelo que pisan a esa hora las mocitas pintureras con sus botines de paseo recién lustrados.

En la calle, una figura extraña se para y mira hacia la azotea donde está Arturo, absorto en el descubrimiento. Parece una vieja disfrazada, que oculta el rostro tras un delicado velo color de humo, como si hubiera salido de misa de ocho. Lleva una camisa de muselina de seda, moña de jazmín prendida en el pelo oscuro, que parece muerto, sin brillo, arrancado quizás a una santa que lleva siglos olvidada en un altar. Luce una falda de principios de siglo y mitones de blonda. La vieja no deja de mirar a la azotea, sonríe satisfecha y sigue su camino mientras se recorta su inquietante perfil en la callejuela, como si fuera un fantasma más de esos que aparecen a la extraña hora del lubricán en la tierra del Mediodía español.

§

El agua templada en la bañera con garras de quimera. El agua con aroma a madre selva, como el ombligo de la hembra. Cierra los ojos y solo piensa en las bragas negras de canalé y cómo descendían por la piel blanca, blanquísima y perfumada. Se atusa el bigote delicadamente, como lo hizo ella, sus deditos suaves y las uñas esmaltadas...

José Cruz Conde, gobernador de Sevilla, quiere olvidarse de las caras de esos charranes del ayuntamiento con los que ha estado departiendo durante toda la mañana sobre las obras de la Exposición Iberoamericana. Esos rostros cetrinos y oliváceos, con pestazo a puros y dentaduras caninas, gordos sebosos que dan saludos húmedos de sudor caliente.

...Pero, menos mal, otra vez vuelve la imagen de ella. Sí, cerrando los ojos. Ahora son los pechos, que se agitan levemente con cada embestida, el montecito rosa coronando la carne blanca, senos aurirroscados...

No puede evitarlo, pasean por su mente los concejales barbianes que discuten porque no quieren que el ayuntamiento se haga cargo de los gastos de la exposición. ¡Qué ilusos, ya verán cuando venga el general! Les cantará las cuarenta, pero ¿qué se han creído? ¿que les va a salir gratis la juerga sevillana?